



BIBLIOTECA

pa 2216

- 25

A2

1890



EMILIO OLLIVIER

De todos los salones de París que frecuentó mi primer frac, el salón de Ortolan, en la Escuela de Derecho, es el que me ha dejado más agradables recuerdos. El Sr. Ortolan, meridional de buena cabeza, jurisconsulto afamado, era también poeta en sus ratos perdidos. Había publicado *Los Infantiles*, y aunque siempre estaba jurando que no escribiría en su vida más que para los niños, no desde-

ñaba la aprobación de las personas notables, para sus versos. Sus reuniones más frecuentadas por los indígenas de los barrios ilustrados presentaban una agradable y original mezcla de mujeres bonitas, de profesores y de abogados, de gente docta y de poetas. A título de poeta me invitaban á mí.

Entre las modernas y antiguas celebridades que ví pasar por allí á través de la dorada niebla de los primeros entusiasmos, recuerdo que una noche conocí á Emilio Ollivier. Iba con su primera mujer y con su suegro, el famoso músico Liszt. De la mujer no recuerdo más que unos cabellos rubios, cayendo sobre un vestido de terciopelo; de Liszt, del Liszt de aquel tiempo, recuerdo menos todavía. No tuve aquella noche ojos ni curiosidad más que para Ollivier. Frisaría en los treinta y tres años (estábamos en 1858): era corifeo del partido, muy popular entre la juventud republicana, la cual se enorgullecía de tener un jefe de su edad, y caminaba entonces hacia la gloria. Se contaban las gentes al oído la leyenda de su familia: su anciano padre,

mucho tiempo emigrado; su hermano, muerto en un desafío; él mismo procónsul á los veinte años y gobernando á su antojo en Marsella por la virtud de su elocuencia. Todo esto le daba, desde lejos, en los espíritus, cierto corte de tribuno romano ó griego, y hasta cierto parecido con los trágicos jóvenes de la Revolución: los Saint-Just, los Desmoullins, los Danton. Yo, á quien la política no entusiasmaba gran cosa, lo veía así, poético á pesar de sus gafas, elocuente, tribunicio, dispuesto siempre á hablar y á conmoverse, y no podía menos de compararlo á un árbol de su país—no aquel (1) del que lleva el nombre y es símbolo de sabiduría—sino á uno de esos pinos armoniosos que coronan las colinas blancas y se reflejan en las azuladas aguas de las playas provenzales; pinos estériles que conservan en sí como un eco de la lira antigua, y que tiemblan siempre y siempre hacen sonar sus menudísimos pinchos, que chocan entre sí al más ligero soplo de tempestad, á la

(1) El olivo.*

más pequeña ráfaga de viento que llega de Italia.

Emilio Ollivier era en aquella época *uno de los Cinco*, uno de los cinco diputados únicos que se habían atrevido á desafiar al Imperio; y se sentaba en medio de ellos allá en los escaños más altos de la Asamblea, aislado en su oposición como en un inexpugnable Aventino. Desde enfrente, arrellanado en el sillón presidencial, con aspecto soñoliento siempre, Morny le contemplaba con aquella su mirada fría de conocedor de los hombres, y le observaba constantemente: habíalo juzgado menos romano que griego, más arrebatado por la ligereza ateniense que lastrado con la prudencia y el frío razonar latino. Conocía el punto vulnerable: sabía que bajo aquella toga de tribuno se ocultaba la vanidad nativa é indefensa de los *virtuosos* y de los poetas, y gracias á ella esperaba atraérselo más tarde ó más temprano.

Algunos años después, cuando por segunda vez, y en las circunstancias que voy á decir, me encontré con Emilio Ollivier, ya estaba conquistado por el

Imperio. Morny, antes de morir, había puesto empeño, algo así como coquetería, en vencer, á fuerza de picarescas gestiones y altivas caricias, la resistencia que por pura fórmula y por guardar las apariencias, hacía á sus proyectos aquella melodiosa vanidad. Habían gritado por las calles: «la gran traición de Emilio Ollivier», y por eso Emilio Ollivier se creía un conde de Mirabeau. Mirabeau quiso al principio conciliar la Revolución con la Monarquía; Ollivier, lleno, por otra parte, de los mejores propósitos, procuraba hacía veinte años unir la Libertad y el Imperio, y sus esfuerzos hacían recordar lo de Frosinon queriendo casar al Adriático con el Gran Turco. Entretanto el Gran Turco, como estaba viudo hacía mucho tiempo, se había casado él también con una joven, provenzal como él, que lo admiraba. Se le suponía radiante, victorioso, en plena luna de miel, que embellecía con sus rayos así sus amores como su carrera política. ¡Hombre feliz!

Pero sonó el disparo de un revólver por el lado de Auteuil. Pedro Bonaparte

acababa de matar á Víctor Noir; y aquella bala corsa, al atravesar el pecho de un joven, hería en el corazón á la ficción del Imperio liberal. París se amotina; en los cafés se grita á voz en cuello; la muchedumbre gesticula en las calles. Cada minuto llega una noticia, circula un rumor nuevo; se habla de la extraña vida privada del príncipe Pedro, de aquella casa de Auteuil, aislada en pleno París como torreón de señor genovés ó florentino, que huele á pólvora y á hierro viejo, y dentro de la cual suena constantemente ruido de pistolas y de espadas al chocarse. Se dice quién era Víctor Noir; se habla de su bellissimo carácter, de su dulzura, de sus pocos años, de su boda próxima. Y las mujeres toman cartas en el asunto: compadecen á la madre, á la novia; el enternecimiento de una novela de amor se une á las cóleras políticas. *La Marsellesa*, con orla negra, publica un llamamiento á las armas; la gente dice que aquella noche distribuirá Rochefort cuatro mil revólvers en la redacción. Doscientos mil hombres, chiquillos, mujeres, los barrios burgueses, todos los de

las afueras, se preparan para la gran manifestación del día siguiente; corren vientos de barricada, y en la tristeza de la caída de la tarde se oyen esos ruidos vagos, confusos, precursores de las revoluciones, que parecen el sordo crujir de un trono.

En aquellos instantes me encontré con un amigo en el boulevard. «Esto va mal, le dije.—Muy mal, y lo peor es que *arriba* no creen en la gravedad de la cosa.» Luego, cogiéndome del brazo, añadió: «Emilio Ollivier te conoce; ven conmigo á la plaza de Vendôme.»

Desde que Ollivier lo ocupaba, el ministerio de Gracia y Justicia había perdido todo carácter de pompa y de ceño administrativo. Tomando por lo serio su ilusión de Imperio democrático y liberal, verdadero ministro á la norteamericana, Ollivier no había querido habitar aquellas suntuosas habitaciones, aquellos salones de elevados techos, bordados de abejas y recargados de dorados y tapices, según él, demasiado aristocráticos.

Vivía entonces en la calle de San Gui-

llermo, en su modesta casa de diputado, y llegaba todas las mañanas á la plaza de Vendôme, con un gran lío de papeles debajo del brazo, con su levita y sus gafas, como procurador que va al palacio de Justicia, ó como pobre empleado que se dirige pedestremente á la oficina. Esto hacía que los porteros y ujieres le mirasen con cierto desprecio. ¡La puerta abierta de par en par, la escalera desierta! Ujieres y porteros nos dejaron pasar sin dignarse siquiera preguntarnos adónde íbamos, ni á quién buscábamos, dando muestras, por su aire desdeñosamente resignado y cierta insolente, aunque correcta actitud, de que encontraban aquellas costumbres nuevas y familiares muy contrarias á las hermosas tradiciones de la casa y muy alejadas del ideal administrativo.

En un magnífico despacho, alto de techo, con dos altísimas ventanas que cogían todo el testero; un despacho de esos de frío y triste aspecto, en los cuales todo es verde puro, de ese verde burocrático: carpetas y papeleras verdes, sillones forrados de gutapercha verde, que es

á la deliciosa verdura de los bosques lo que un papel timbrado á un soneto escrito en vitela, lo que la sidra al Champagne, se encontraba el ministro



solo, apoyado en la chimenea, en actitud de un orador que se dispone á usar de la palabra. Anochece. Dos criados entraron con lámparas encendidas.

Mi amigo había dicho verdad; *arriba*

no se sospechaba el peligro; el ruido de la calle no llegaba sino de una manera muy vaga hasta esas alturas. Emilio Ollivier, con el natural infatuamiento mezclado de miopía que caracteriza á los hombres que están en el poder, nos dijo que todo iba perfectamente, y que sabía cuanto ocurría; hasta nos enseñó la esquila escrita por Pedro Bonaparte al Sr. Conti, la cual acababa de comunicársele, esquila salvaje y feudal, muy dentro de las costumbres del siglo XVI, que comenzaba así: «Dos jóvenes han venido á provocarme...» Y terminaba con estas palabras: «Creo que he matado á uno de ellos.»

Entonces tomé yo la palabra y dije lo que creía que era la verdad, hablando, no como político, sino como hombre, diciendo la efervescencia de los ánimos, la exasperación que había en la calle, la inevitable alternativa de un levantamiento en armas ó de un valeroso y enérgico acto de justicia. Añadí que tanto Fonvielle como Noir me parecían incapaces, como se lo parecían á todo el mundo, de haber querido matar ó agredir al

Príncipe en su propia casa; que les conocía, sobre todo á Noir, y que me era muy simpático aquel muchacho inofensivo, casi un niño todavía, asombrado él mismo de sus triunfos y orgulloso con su precoz celebridad; que trataba de conquistar á fuerza de trabajo lo que le faltaba en materia de instrucción primaria, y el cual tenía la mayor satisfacción cuando un amigo le enseñaba alguna cita en latín y la manera de introducirla hábilmente en la conversación á propósito de cualquier cosa, con objeto de asombrar aquella noche con su desplante de erudición al bueno de J. J. Weiss, que entonces estaba en el *Journal de Paris* y le enseñaba ortografía.

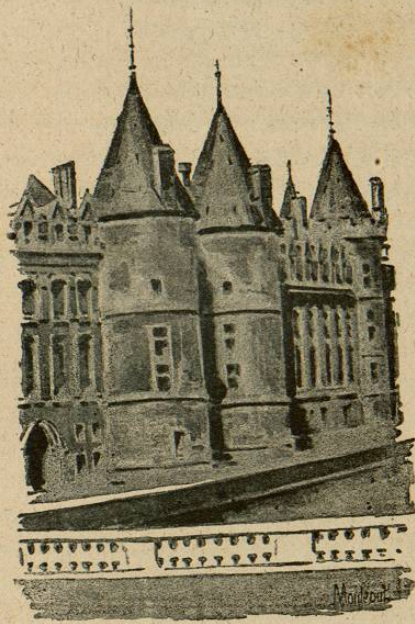
Emilio Ollivier me escuchaba atentamente, con aire pensativo y decidido. Cuando concluí, guardó un momento de silencio, y luego pronunció con tono altivo esta frase, que reproduzco textualmente: «¡Pues si es un asesino el príncipe Pedro le mandaremos á presidio!»

¡A presidio un Bonaparte! ¡Aquella era, en efecto, la frase de un ministro del Imperio liberal; de un ministro que aún no

había perdido sus ilusiones de orador; de un ministro que llevaba el título sin poseer el espíritu de tal; de un ministro, en fin, que vivía en la calle de San Guillermo!

Cierto que al día siguiente Pedro Bonaparte estaba preso; pero preso como lo está un Príncipe, en el piso principal de la Torre de Plata, en una habitación con vistas á la plaza del Chatelet y al Sena, y los parisienses pasaban por las puertas para señalarse unos á otros su calabozo y los cortinajes blancos de sus ventanas que apenas estaban defendidas por unos barrotes muy claros. Algunas semanas después, el príncipe Pedro era solemnemente absuelto por el alto Tribunal de Bourges. Emilio Ollivier ya no hablaba del presidio; se mudaba de la calle de San Guillermo á la plaza Vendôme, y en lo sucesivo, en las suntuosas escaleras, en los anchos corredores, ujieres y porteros sonreirían ceremoniosamente y se inclinarian con respeto cuando pasara. ¡Se había hecho un perfecto ministro, y el Imperio liberal había pasado á la historia!

En resumen: un estadista mediano, lleno de entusiasmo y sin reflexión, pero hombre honrado, poeta idealista á quien



habían envuelto en el barullo de los negocios públicos: así puede ser definido Emilio Ollivier. Primero Morny, y des-

pués de Morny otros, contribuyeron á ello. Republicano, trató de consolidar la dinastía, cubriéndola con un velo de libertad; después quiso la paz y declaró la guerra, no de buen grado, como ha dicho en un momento de malhadada inspiración, sino á consecuencia de su irremediable ligereza, la cual nos arrastró con él á un abismo del cual hemos salido nosotros, pero dentro del cual ha quedado él.

En otra noche — en París acaba uno por encontrarse con todo el mundo — comimos uno enfrente del otro en casa de un amigo; es el mismo de siempre, la misma mirada de soñador, interrogadora é indecisa detrás de los cristales de sus gafas; la misma fisonomía de orador, que todo lo lleva en los pliegues de los labios, el dibujo de la boca lleno de audacia y sin voluntad. Altivo y orgulloso, por lo demás; pero todo blanco, blancos sus espesos cabellos, blancas sus recortadas patillas, blanco como un campo abandonado, en una campiña asolada y cubierta de nieve. Y á todo eso hay que añadir la voz cascada, nerviosa, propia

de las gentes que tienen sobre el corazón más de lo que ellas quisieran confesar...

Y mirándolo, recordaba yo aquel joven tribuno, de pelo negro como la pluma del cuervo, que entreví una noche en los salones del Sr. Ortolan.



BIBLIOTECA NACIONAL